

vorecer el movimiento revolucionario (1). Á decir verdad, no hubo más que una pequeña minoría que sintiese la influencia de la Revolución. Los sentimientos que expresaban las sociedades populares cuyas palabras acabamos de transcribir no son sentimientos ingleses: nada hay más extraño, hasta más antipático al patriotismo exclusivo de la Inglaterra que el cosmopolitismo que se interesa por la libertad de todos los pueblos y la paz del universo. Es verdad que los Ingleses aman la libertad, pero la aman como un bien suyo; jamás se les ha visto arrastrados por la noble ambición de extenderla fuera de su isla. Esta libertad, por otra parte, es esencialmente aristocrática, mientras que los principios del 89 tendían á la igualdad á lo menos tanto como á la libertad. ¿Cómo había de simpatizar la aristocrática Inglaterra con la democracia francesa?

Los Ingleses de antiguo abolengo no han comprendido nunca las generosas ideas que hervían en la Francia revolucionaria. No citaremos el libro de Burke; podría decirse que es la expresión de una brillante individualidad. En realidad, era el órgano de la clase dominante, y esta clase tenía en su favor los sentimientos y las preocupaciones de la inmensa mayoría de la nación. Burke veía en la Revolución la obra de los filósofos. Ahora bien, véase lo que leemos en una nota diplomática remitida el 25 de Enero de 1793 por lord Auckland, ministro plenipotenciario de Su Majestad británica, á los estados generales de las Provincias Unidas: "No hace aún cuatro años que algunos *desgraciados*, calificándose con el nombre de *filósofos*, han tenido la presunción de creerse capaces de establecer un nuevo sistema de sociedad civil. Á fin de realizar *este sueño de su vanidad*, han tenido que trastornar y destruir todas las nociones recibidas de subordinación, de costumbres y de religión que han constituido hasta ahora la seguridad, la felicidad y el consuelo del género humano."

Los Ingleses, raza positiva por excelencia, dijeron que era una locura cuando vieron á sus vecinos del otro lado de la Mancha que derribaban el trono, la nobleza y el cristianismo tradicional. Cuando hablamos de *locura* no hacemos más que repetir la palabra favorita que servía en Inglate-

rra para mancillar á los hombres y las cosas de la Revolución. Vamos á citar un testimonio notable de esta disposición de los espíritus. Es un joven orador que pronuncia su primer discurso en la Cámara de los comunes. Canning pasa por ser el representante del liberalismo inglés. Hé aquí cómo apreciaba la Revolución francesa en 1794. Deliberábase sobre conceder un subsidio al rey de Cerdeña. Los raros adversarios del gobierno decían que era trabajo perdido el combatir la Francia revolucionaria: enardecidos hasta la exaltación por el santo amor de la libertad, decían, no hay nada que no puedan emprender los Franceses, no hay nada que no puedan realizar. Canning responde:

"Convengo que los Franceses están animados por el entusiasmo, lo están hasta un grado á veces de *delirio*. No quiero mejor prueba de esta *locura* que el verlos precipitarse ellos mismos en un estado de esclavitud tan enorme y tan abrumador como el en que están ahora, y despertando al mismo tiempo la Europa con grandes gritos para hacerla admirar y envidiar su libertad. Pero antes de invocar esta *locura* como una razón para no hacerles la guerra, recuérdese que existen muchos géneros de *locura*. Si la suya no fuese más que un *innocente idiotismo*, y si se hubiesen contentado con hacer sus *graciosidades* en su casa, coronando mujeres públicas con hojas de encina ó inventando apodos para el calendario, ciertamente, jamás hubiera deseado interrumpir esas *diversiones cándidas*; hubiéramos podido contentarnos con mirarlas con un *desprecio* muy cordial, es cierto, pero acompañado, sin embargo, de un último resto de *comiseración*. Pero si su *locura* es de diferente naturaleza; si es una *locura brutal y malvada*; si, no contentos con destrozarse á sí mismos, despliegan su fuerza enfermiza para lanzar la perturbación entre sus vecinos, entonces es necesario que se excite á esas naciones á la resistencia. Semejante disposición, para la salvación y para la paz del mundo, debe ser rechazada, y, si es posible, destruida," (1).

Por consiguiente, la Francia revolucionaria es un inmenso manicomio; los hombres del 93 son locos furiosos que, después de haberse destrozado entre sí, se lanzan sobre sus vecinos y amenazan

(1) LAMARTINE, *Historia de los girondinos*, lib. XXXVI, número IX.

(1) LEROUX y REYNAUD, *Encyclopédie nouvelle*, au mot *Canning*.

destruir la sociedad humana. Tal es el cuadro de la Revolución trazado por el espíritu más liberal que la Inglaterra moderna haya producido. Sí, la Revolución era una locura, pero hay locuras santas. El Cristo y sus discípulos, ¿no eran tratados de locos por los sabios del siglo? Esto no ha impedido á la locura de la cruz el cambiar la faz del mundo. ¿Que no se diga que es blasfemar cuando comparamos los hombres del 89, y aun los hombres del 93, á los discípulos del Cristo! Canning y sus compatriotas veían un signo de locura en el entusiasmo que arrebatava á la Francia revolucionaria. Los Romanos decían lo mismo de los cristianos. ¡Ay de aquellos que no comprenden lo que hay de generoso en la locura revolucionaria! Los hombres sensatos y prudentes cuidarán muy bien sus intereses, pero no removerán jamás el mundo. La posteridad juzgará de un modo muy diferente á los locos y á los sensatos; dedicará un culto á la locura y censurará el egoísmo de los sensatos.

Los Ingleses, pueblo serio, no teniendo una chispa de ese entusiasmo que raya en la locura, creían sinceramente en la locura de sus vecinos; solamente, como dice Canning, los Franceses eran malvados locos. Se sabe cómo se trataba en otro tiempo á la locura: las cadenas, las camisas de fuerza, los oscuros calabozos reemplazaban á los cuidados delicados que exige una enfermedad moral. Los ingleses hubieran querido que se tratase lo mismo á la locura francesa. Lord Auckland presentó, de acuerdo con el conde de Starhemberg, una nota á los estados generales de las Provincias Unidas, en la cual los nobles embajadores pedían que se persiguiese á los convencionales como se cazan las fieras. Son unos *miserables*: cuando se les pueda poner la mano encima, es preciso someterlos á la espada de la ley, á fin de *castigar su demencia* y sus *atrocidades* (1). Sin embargo, esta nación de locos luchaba con heroísmo contra la Europa coligada. Muy pronto se pensó en negociar con la terrible república que había sabido crear como por encanto catorce ejércitos. La Inglaterra se negó siempre á tratar con la Francia revolucionaria, y cuando se resignaba á ello, no era seriamente. Un miembro de la Cámara de los lores nos dirá la razón. ¡Según el conde de Fitz William, la paz con la república francesa no po-

día asegurarse jamás, porque tratar con semejante nación era pactar con una *tropa de bandidos*! (2).

III

Ahora comprenderemos la política inglesa enfrente de la Revolución. La Inglaterra empezó por proclamar su neutralidad. ¿Se debe, como lo piensa Mr. Mignet, atribuir esta decisión á la habilidad diplomática de Talleyrand? (2). Los contemporáneos no eran de esta opinión. Ya el 10 de Septiembre de 1791, el conde de la Marck, corresponsal de Mirabeau, escribía al conde de Mercy: "Es cierto que la neutralidad es el partido más seguro que pueda adoptar el ministerio inglés, porque bastará abandonar ese país á sí mismo para que se destruya infaliblemente, y la Inglaterra entonces estaría, más que ninguna otra potencia, al alcance de recoger las ventajas comerciales que la Francia no podría ya disputarla. Llegaría así á una especie de monarquía universal... La guerra de que acabo de hablar sería la más segura que la Inglaterra pudiese hacer contra la Francia: no tendría ni gastos ni peligros," (3). ¿Es calumniar al gobierno inglés el suponerle designios tan maquiavélicos? Hacia la misma época, el ministerio se negó á unirse á la coalición que se tramaba en el continente contra la Revolución francesa. ¿Qué razón dió para explicar su negativa? Que la Inglaterra no tenía ningún interés en hacer la guerra á la Francia, siendo menos temible que nunca la nación francesa para el poder inglés desde el 89 (4). ¡Los desórdenes que desgarraban y debilitaban la Francia eran una nueva fortuna para su generosa vecina!

Sin embargo, la Inglaterra concluyó por unirse á la coalición. ¿Por qué pasó de la neutralidad á una hostilidad implacable? Pitt fué quien desempeñó el gran papel en este momento solemne de la historia. No hay un nombre que haya suscitado tantas pasiones: ensalzado en Inglaterra, vituperado por la Francia revolucionaria, el hijo de Chatam ha adquirido una importancia que excede á su valor real. Antes de juzgarlo, hay que oírle. Hallamos en los recuerdos de Mr. Villemain una con-

(1) CAPEFIGUE, *la Europa durante la Revolución*, t. IV, c. I.

(2) MIGNET, *Notice sur Talleyrand*.

(3) Correspondencia entre Mirabeau y el conde de la Marck, tomo II, p. 318.

(4) HAUSSER, *Deutsche Geschichte*, t. I, p. 316.

(1) *Mémoires tirés des papiers d'un homme d'État*, t. I, p. 170.

versación íntima entre el célebre ministro y el conde de Narbonne, que los desórdenes de la Revolución obligaron a refugiarse en Londres. La Convención había proclamado la república, había enviado a Luis XVI al cadalso, después la guillotina fué permanente. Esos excesos inspiran horror, pero revelan también una singular energía, que debía llamar la atención de un hombre de Estado. Pitt no alimentaba las ilusiones de los emigrados, no esperaba la caída próxima de la república; creía que la guerra, la guerra en todos los puntos, era el único preservativo para su país contra un contagio de opiniones armadas y destructoras. El conde de Narbonne reconoce que el ministro inglés estaba ulcerado de un odio implacable contra todo lo que se hacía en Francia. Temía la Revolución francesa por la constitución, por las leyes, por el hogar doméstico de los ingleses, si no se la contenía con un obstáculo más fuerte que ella. "Creo, decía, que para la salvación de la Europa y de la sociedad civil, debemos estar decididos a una larga guerra, a una guerra irremisible hasta la extinción de la plaga. La Europa entera es solidaria en esta obra de rescate," (1).

Hé ahí la teoría de la coalición. Falta saber si Pitt ha dicho toda la verdad a Narbonne. Hagamos constar primeramente que el lenguaje oficial del ministro está en armonía con las confidencias de la intimidad, si se puede hablar de íntimas confidencias cuando se trata de un hombre que era ministro a los veintinueve años. Pitt no cesó de declamar en el parlamento contra la Revolución francesa: "La considero ciertamente, dijo, como la prueba más cruel que la Providencia haya jamás infligido a un pueblo en la tierra." Felicitaba, glorificaba a la Inglaterra por haber opuesto una barrera impenetrable a la invasión de esos principios odiosos; esperaba que el pueblo inglés estaba llamado a libertar al mundo de las miserias y de los crímenes que le amenazaban (2). ¿Qué era lo que más temía el ministro inglés en esta terrible propaganda que desbordaba sobre Europa como la lava de un volcán? "Los principios de la Revolución, dice Pitt, atacan al mismo tiempo a todos los gobiernos y la inviolabilidad de todos los soberanos."

(1) VILLEMEN, *Souvenirs contemporains d'histoire et de littérature*, t. I, p. 63-66 (edición in-12).

(2) FOX y PITT, *Recueil de discours prononcés au parlement d'Angleterre*, t. VII, p. 2 y siguientes.

nos. Es preciso contener el contagio de esos principios. Y para esto no hay más que un medio, derribar el régimen monstruo que los propaga. La Inglaterra tiene en ello un interés particular, porque los falsos principios de la Revolución son un peligro para ella; si alguna vez se propagan en la nación, perderá los beneficios que debe a su feliz constitución."

El temor a los principios revolucionarios es la única razón que haya armado la Inglaterra contra la Francia? Creemos que este era el pretexto ó el espantajo, si se quiere, que servía a Pitt de trompeta guerrera contra el partido whig, en el seno del parlamento y de la nación. No será nunca por principios por lo que harán los Ingleses la guerra. Lord Grenville, el colega de Pitt, va a decirnos cuál era el verdadero peligro que temían. En una nota diplomática que precedió a las hostilidades se queja de que la Francia no cumplía la promesa que había hecho de respetar los aliados de la Gran Bretaña. En vez de proteger la independencia de las Provincias Unidas, la violó abriendo el Escalda, que los tratados cerraban en provecho de la Holanda. La Francia podría, con el mismo título, romper todos los tratados que interesan a la Inglaterra. Hé ahí principios y pretensiones que el gobierno inglés no puede sufrir y que combatirá con todas sus fuerzas: "Fiel a las máximas que ha seguido desde hace más de un siglo, no verá jamás con ojos indiferentes que la Francia se erige directa ó indirectamente en soberana de los Países Bajos, en árbitro general de los derechos y de las libertades de la Europa." Lord Grenville añade que la Francia, si desea realmente conservar la paz con la Inglaterra, tiene un medio muy sencillo de mantenerla, y es el de renunciar a sus miras de engrandecimiento y permanecer en los límites de su propio territorio (1).

Estas palabras son claras y netas. Si la Inglaterra ve un peligro en los principios de la Revolución, no es porque la Convención ha proclamado la república, no es porque ha levantado el cadalso para Luis XVI; es porque la república amenaza trastornar la Europa en provecho de la ambición francesa. El gobierno no cesó de tener el mismo lenguaje en sus relaciones diplomáticas. En la tribuna, la muerte de Luis XVI, los crímenes de los

(1) *Mémoires tirés des papiers d'un homme d'Etat*, t. I, p. 154.

jacobinos, el régimen del Terror hacían un maravilloso efecto; pero para continuar una guerra desastrosa eran precisos otros motivos. Si la república hubiese permanecido fiel a la célebre declaración por la cual la Francia había renunciado a las conquistas, la Inglaterra no se hubiera conmovido ni de la muerte de Luis XVI, ni de la muerte de María Antonieta, y mucho menos de los excesos del Terror. Pero cuando la Convención proclamó la guerra de propaganda, y que la propaganda revolucionaria amenazó a la Europa con una nueva dominación de la raza gala, la Inglaterra se vió obligada a correr a las armas, para mantener en el continente ese equilibrio de fuerzas que es para ella una condición de existencia (1).

Volvamos a Pitt; no siempre se dirigía a los intereses de casta amenazados por las ideas del 89. Los que le preocupan y asustan son los principios del 93: la propaganda republicana, en manos de una nación militar, podía conducir a una monarquía universal bajo la forma de república. Tal era el verdadero peligro que sublevó al parlamento contra la Francia y que hizo aplacar los disidentes de los partidos. Apenas había comenzado la guerra de propaganda, y ya la Saboya invadida era transformada en departamento francés. "Hé ahí, exclamaba Pitt, a qué conducirá la propagación de las máximas republicanas en todas las partes del mundo. Los ejércitos de la república invadirán un país tras otro y proclamarán por todas partes la voluntad del pueblo, único soberano. Yo preguntaré: ¿cuál es, pues, esta voluntad del pueblo? No veo nada que contestar, sino que es el poder de los Franceses. En vano dicen que dan la libertad a las naciones; bajo el nombre de libertad quieren poner a todos los países bajo la dependencia de los jacobinos. Esos principios son más desastrosos para la verdadera libertad de los pueblos que todo el poder de los monarcas más absolutos. Vemos, en fin, que la Francia reconoce su insaciable ambición; a menos que no se la contenga en su espantosa carrera, la Europa entera será sometida y la libertad se cambiará en esclavitud universal," (2).

La Inglaterra había combatido la monarquía universal de Luis XIV: ¿podía ver con indiferen-

cia que la Europa se convirtiese en vasalla de la Francia republicana? Pitt hizo un día un paralelo del gran rey y de la república: "Nuestros antepasados, dijo, tenían la ambición y el poder del pueblo francés bajo un monarca al cual sus aduladores daban el nombre de grande. Pero ¿qué es la monarquía de Luis XIV en comparación de la república? La ambición del rey, aunque inmensa, tenía límites; le inspiraban el honor, el amor de la gloria. Esos móviles tienen sus límites, mientras que la ambición invasora de la república no los tiene. ¿Qué diré del poder de la Francia revolucionaria y de la Francia monárquica? Aquí no hay ya comparación que establecer. La república parece creada para la destrucción," (1).

IV

Cuando la Inglaterra se unió a la coalición, la antigua animosidad que dividía a las dos naciones rivales se reanimó con una energía de odio que estaba a la altura de las pasiones gigantescas de la Revolución. La Convención, al declarar la guerra, quiso también separar al pueblo inglés de su gobierno; acusó al rey y a sus ministros de haber visto con desconfianza la reconciliación de dos naciones, como si su fraternidad hubiese sido un peligro para el trono de Jorge III. De este miserable temor hacía proceder la Convención el odio del gobierno inglés contra la Francia (2). ¿Esperaba que el pueblo inglés se negase a seguir a su rey en una guerra dirigida contra la libertad? Hubiese sido una extraña ilusión; jamás fué más compacta la mayoría del parlamento, y las masas estaban tan poco dispuestas a insurreccionarse contra la monarquía, que se las vió arrojar con un furor brutal sobre los raros amigos de la república. En Francia también la fraternidad va a ser remplazada por un odio ardiente. Se acusa a Napoleón de haber dividido a los dos pueblos por su insaciable ambición; la verdad es que los halló divididos, y que al hacer una guerra a muerte a la Inglaterra, era el órgano de las pasiones revolucionarias.

El 23 nivoso, año II, la sociedad de los jacobinos comenzó una singular discusión; durante mu-

(1) PITT y FOX, *Recueil de discours*, t. IV, p. 318, 319.

(2) Exposición de los motivos que han traído el rompimiento entre la república francesa y el rey de Inglaterra (*Choix de rapports*, t. XI, p. 106-188).

(1) VON SYBEL, *Geschichte der Revolutionszeit*, t. II, páginas 111-115.

(2) PITT y FOX, *Recueil de discours*, t. IV, p. 274, 275, 285.

chas sesiones, se ocupó de los vicios del gobierno inglés. ¿Con qué objeto se entregaba á este debate? Quería sostener el odio al nombre inglés, á lo menos á la aristocracia que gobernaba á la Inglaterra (1). Los jacobinos distinguían aún la nación inglesa de su gobierno; era para excitar al pueblo á sacudir el yugo y á fraternizar con la república. "Pueblo inglés, exclamó Couthon, escucha al francés al cual tu infame gobierno ha llevado el hie-ro, el fuego, el veneno, todos los crímenes... El Frances, que tú no has defendido contra tantos atentados, no cesa de hacer votos por tu libertad y tu felicidad. Y cuando pueda decir: el pueblo de Inglaterra ha concluido con todos sus tiranos, tú verás á ese Francés generoso tenderte la mano de la amistad y ofrecerte, en represalias de las crueldades de tu gobierno, el beso de la fraternidad, prenda de alianza y de unión," (2). Este llamamiento á la fraternidad parece ya un grito de guerra. Es como una intimación á la nación inglesa: si no se insurrecciona contra su infame gobierno, es por que es su cómplice. El odio caerá entonces sobre un pueblo que, en su obcecación, da la mano á los crímenes de la política. ¿Cuáles son esos crímenes? La república censura á la Inglaterra su despotismo marítimo, la acusa principalmente de fomentar los desórdenes y la guerra civil que desolaban la Francia: la amenaza con terribles represalias. Es escuchamos á Barère, el ponente habitual del comité de salvación pública: "¡Que el pueblo inglés abra en fin los ojos sobre las atroces máximas de su gobierno y que tiemble! Algún día los pueblos de la Europa, asustados de la tiranía comercial, del despotismo político y de la extremada corrupción del gobierno inglés; algún día los pueblos, coligados por la necesidad general de la libertad, como los reyes lo están por sus crímenes cometidos con la humanidad, realizarán el deseo de Catón: la Cartago moderna será destruida," (3).

Esas excitaciones continuas concluyeron por cambiar en odio la simpatía que la Francia libre había manifestado á la nación inglesa. El odio estalló con una salvaje violencia en el famoso dictamen de Barère sobre el decreto que disponía que no se harían más prisioneros ingleses. Según el

(1) *Monitor* del 16 de nivoso y del 13 de pluvioso, año II.

(2) *Monitor* del 10 de pluvioso, año II.

(3) Dictamen de Barère hecho en nombre del comité de salvación pública (*Monitor* del 9 de Agosto de 1793).

ponente del comité de salvación pública, la Francia se reprochaba los sentimientos de fraternidad que había tenido hasta entonces por Inglaterra: "¡Qué crédulos éramos! Un sentimiento de preferencia y de aprecio nos unía á los habitantes de la Inglaterra. En los últimos días de nuestra esclavitud invocábamos su libertad, creíamos en su filantropía y volvíamos nuestras miradas ávidas hacia su constitución... Se hubiera dicho que no queríamos, que no podíamos ya ser enemigos..." ¿Cómo ha respondido Inglaterra á estos preliminares? "Mientras que nosotros nos lanzábamos hacia la libertad, el ministerio inglés calculaba en sus factorías diplomáticas de Westminster nuestro entusiasmo y los provechos que de él podía sacar su política, semejante á esos bandidos que, en los incendios ó en las grandes convulsiones de la naturaleza, saquean las casas demolidas ó incendiadas por los volcanes ó por algún otro accidente funesto..."

Barère acusa á la Inglaterra de todos los males que afligen á la Revolución: "Los Ingleses y sus facciones están en todas partes. Desde la Convención á los Alpes y á los Pirineos, tienen agentes para sublevar la Vendée, para que se venda á Tolón, para contrarevolucionar á Marsella, para amotinar á Lyon, para corromper á Burdeos. Los Ingleses tienen emisarios pagados entre nosotros para parar la actividad de nuestros puertos, para incendiar los arsenales; tienen corruptores secretos, inteligencias en las guarniciones, oficiales de *sálvese quien pueda*. Todas las calamidades de nuestra Revolución han venido de ese sistema de horrores organizado en Londres, ejecutado en París, en nuestras ciudades y en nuestras fronteras..." En vista de esos crímenes, Barère lanza el grito de guerra á muerte: "El odio de Roma contra Cartago renace en las almas francesas, como la fe púnica renace en los corazones ingleses. ¡Que estalle el odio nacional! ¡Que los jóvenes republicanos mamen el odio del nombre inglés con la leche de las nodrizas! ¡Oh país mío! Si, al nombre solo de inglés, mi sangre se calienta y mi alma se irrita; es que habiendo nacido en esta parte de la Guyenne en donde los Ingleses, en tiempo de Carlos VII, devastaron todo y reinaron con un cetro de hierro, mis oídos han escuchado desde la infancia esta tradición de odio que, para salvar la libertad de Europa y consolidar la libertad en Francia, debe hacerse nacional..." Barère termina con estas palabras,

tan crueles como su decreto: "¡Guerra á muerte á todo soldado inglés!" (1).

No era tan sólo á los soldados ingleses á quienes la Convención declaraba una guerra á muerte, era á la nación. La terrible frase de Catón: *Es preciso destruir á Cartago*, resonaban en todos los discursos. Barère no hacía un dictamen sin añadir con el ferroz Romano: "La Inglaterra es la nueva Cartago: nuestra libertad no puede fundarse más que en sus ruinas," (2). Se lee en una proclama á los marinos franceses: "Recordad continuamente que la libertad romana no descansa más que en los restos de la astuta Cartago, y que la república francesa no puede elevarse más que sobre las ruinas de la Inglaterra," (3). En la sesión del 15 de pluvioso, año II, un miembro de la *commune* de París hizo homenaje á la Convención del primer salitre fabricado por los ciudadanos de la capital. El presidente le contestó: "¡Valor, nuevos Espartanos! Continúa á forjar el rayo. Que nuestros cañones y nuestros morteros sean pronto otros tantos volcanes cuya encendida lava devore pronto la isla orgullosa de Albión. Destruyamos esa soberbia y demasado insolente Cartago, y arruinémosla para la felicidad de las naciones marítimas. Es preciso llevar la muerte á los hogares de esos cobardes piratas, es preciso cantar el himno de los Marsellese y la Carmañola dentro de las murallas de Londres," (4). La poesía, que, antes de la Revolución, había cantado la fraternidad y la paz, repitió esos gritos de odio y de venganza:

*« Défenseurs de la France et vengeurs de la terre,
Où de la république intrépides enfants,
Vos destins sont d'abattre esclaves et tyrans.
Frappez, exterminer les fils de l'Angleterre;
Frappez, plus de quartier pour ces lâches brigands »* (a) 5).

Estas pasiones sobrevivieron á la fiebre revolucionaria. El régimen del terror fué reemplazado por un ensayo de libertad más tranquilo y más regular; pero la tribuna nacional resonaba siempre con los crímenes del gobierno inglés. Pitt había sublevado el parlamento contra la Francia repu-

(1) *Monitor* del 10 prairial, año II.

(2) *Monitor* del 1 pluvioso, año II.

(3) *Monitor* del 23 floreal, año II.

(4) *Monitor* del 17 de pluvioso, año II.

(a) Defensores de la Francia y vengadores de la tierra, — ¡oh! intrépidos hijos de la república, — vuestro destino es el de destruir esclavos y tiranos — Herid, exterminad los hijos de la Inglaterra; — herid, no más cuartel para esos cobardes bandidos.

(5) *Monitor* del 30 prairial, año II.

blicana en nombre de la justicia, en nombre de la moral, en nombre de la libertad. "¡La Inglaterra nos acusa de inmoralidad, exclama Boissy d'Anglas, y ella es la que practica el más odioso de los bandolerismos, saqueando los navios neutrales ¡La Inglaterra invoca la libertad contra nosotros, y está ligada contra nosotros con los opresores de la Polonia! ¡La Inglaterra nos reprocha crímenes que execramos, cuyos autores castigamos, y ella ha llenado el Asia de pillaje y de sangre, ha asaltado á los salvajes para avasallar á los Americanos! ¡La Inglaterra nos tacha de tener ambición, y se apodera de los mares y de todas las colonias!" (1).

Al principio de la Revolución, la Francia soñaba en una alianza con la Inglaterra; esperaba que la santa liga de dos pueblos libres pondría fin para siempre á la guerra y al bandolerismo de las conquistadas. Por un extraño cambio en la opinión pública, la guerra á muerte contra la Inglaterra se hizo una pasión nacional. El mismo diplomático que propuso el primero la alianza escribió en tiempo del Directorio, como ministro de negocios extranjeros, una circular que era el preludio de las violencias de Napoleón. "Se compara á Londres á Cartago, dice Talleyrand; podrían compararse más bien los Franceses á los Romanos. Pero Roma ignoraba demasiado el comercio y las artes, Roma no pensaba más que en la gloria de conquistar el mundo; hizo la guerra á Cartago como á un imperio rival, no como á un pueblo comerciante. La república francesa tiene motivos más respetables. No es tan sólo por vengar hoy en el gobierno inglés las injurias de muchos siglos; es por interés de la Europa, de la humanidad entera, por lo que quiere restablecer la libertad de los mares. A seguida vienen algunas acusaciones contra la maulería, contra la insolencia orgullosa de los agentes ingleses y contra el genio infernal del gabinete de Londres. Napoleón también pretendió ser el defensor de la libertad de los mares, y hay que reconocerlo, el despotismo que la Inglaterra ejercía en los mares era tan intolerable como el del emperador en el continente. El Directorio empleó las mismas armas que Napoleón: para luchar contra un enemigo inatacable, secuestraba las mercancías inglesas, cuya entrada en Francia se prohibió por una ley," (2).

(1) *Monitor* del 13 pluvioso, año III.

(2) *Mémoires tirés des papiers d'un homme d'État*, t. II, p. 88.